

y de sus inteligentes perros? ¿Cuántos viajeros, sepultados ya entre la nieve de los Alpes, les deben la vida?

La religion ha puesto en todas partes el sello benéfico de su divina mision.

§ IV.—*Fomento del comercio.*

En los perturbados tiempos de la Edad Media, los celos, la ambicion y el génio opresor de los pequeños soberanos que esclavizaban la Europa, hubieran roto todos los vínculos de comercio entre sus habitantes, si la religion no hubiese mantenido entre ellos la comunicacion y las relaciones sociales. Las largas peregrinaciones que emprendía la piedad de los fieles, contribuyeron eficazmente al desarrollo del comercio. En tiempo de jubileo, se reunían en Roma gentes de todas las naciones de Europa, y este era un motivo de hacer relaciones. Ya hemos visto cómo la Iglesia abría caminos y facilitaba las comunicaciones.

La Iglesia había difundido y conservaba vivo un espíritu de fraternidad, de hospitalidad y de buena fe, que son condiciones tan necesarias para que florezca el comercio, que por su naturaleza es pacífico y amigo de la confianza.

Además, la Iglesia daba vida al comercio con la pompa y el esplendor de su culto y el decoro de sus Templos. Las Iglesias daban valor al pergamino, cera, lino, seda, mármoles, obras de platería, tejidos de lana, tapicerías y materias primeras de oro y plata. Allá en los tiempos bárbaros, solo las Iglesias daban alguna ocupacion á los artistas, que hacían venir expresamente de Italia, y hasta del centro de Grecia.

En cuanto al comercio exterior, se hacía por el Mediterráneo. Los griegos y los árabes traían las mercancías de Oriente desde Alejandría; pero los cruzados abrieron el camino á los europeos. «Las conquistas de los cruzados, dice Fleuri, les aseguraban la libertad de comercio para las mercancías de Grecia, Siria y Egipto, y, por consiguiente, para las de la India, que tampoco llegaban á Europa por otro camino.» Génova, Venecia, Pisa, Florencia y Marsella

deben sus riquezas y poder á estas expediciones. Las ventajas y utilidad del comercio europeo fueron tan evidentes, que no faltó quien afirmara en este siglo que el interés comercial tuvo en ellas más parte que la misma religion.

Por último, las misiones católicas han sido un auxiliar muy poderoso del comercio, estrechando las relaciones entre pueblo y pueblo, y promoviendo los adelantos de la geografía. Si no por ellos no hubiéramos tenido noticia de muchos países, ni de sus producciones, ni ocasion de cambiarlas por las nuestras. Cuando los Papas organizaban las misiones exteriores, no solo promovían el bien de la religion, sino también la utilidad material de la sociedad.

CAPITULO VII

La Iglesia, madre universal.

Por lo que hemos dicho hasta aquí, se conoce claramente que todo cuanto hay de bueno en la organizacion actual de la sociedad ha dimanado del Catolicismo. Esta divina religion difundió naturalmente sus beneficios como el sol su luz y su calor.

Para completar el glorioso cuadro que hemos trazado, la veremos ahora extender su manto protector sobre las clases infelices, sobre los débiles y los desgraciados, y dedicar constantemente sus desvelos á combatir la ignorancia, la miseria y la inmoralidad: esas tres grandes plagas de la civilizacion y de la sociedad.

Contra la ignorancia ha multiplicado las escuelas; contra la miseria de todo género ha fundado mil asociaciones de caridad; contra la inmoralidad ha opuesto los ejemplos de sus virtudes, las privaciones voluntarias, el celibato y la confesion.

§ I.—*Escuelas.—Bibliotecas.*

Segun el testimonio de Mosheim, autor nada sospechoso á los enemigos de la Iglesia, San Juan Evangelista estable-

ció una escuela en Efeso para instruir á la juventud: su discípulo San Policarpo hizo lo mismo en la Iglesia de Esmirna, y todos los Obispos imitaron su ejemplo. Así es que, desde el segundo y tercer siglo, cada Iglesia tenía ad junta una escuela y una biblioteca. La escuela de Alejandría fué célebre por los grandes hombres que la ocuparon; y la de Constantinopla, en la que se educó el emperador Juliano, mereció los elogios de los mismos paganos (1). Además de la famosa biblioteca de Alejandría, citan los historiadores eclesiásticos las de Cesaria, de Constantina, en Numidia, de Hipona y de Roma. La de Constantinopla contenía más de cien mil volúmenes: había sido fundada por Constantino y aumentada por Teodosio el Joven; desgraciadamente fué incendiada bajo el reinado de Basilio y Zenon (2). El Concilio VI general, celebrado en esta ciudad, mandó establecer escuelas gratuitas en todas las aldeas, y encomendó á los Presbíteros el cuidado de ellas. Los Concilios de Vaissons y Narbona en el siglo VI, ordenaron á los Curas el dedicarse á la instruccion de los jóvenes: el de Cloveshow, en Inglaterra, impuso á los Obispos la misma obligacion, y el Concilio III de Letrán, celebrado el año 1169, les mandó formalmente velar por la enseñanza y cuidar las escuelas como uno de los objetos primeros de su solicitud.

En los siglos llamados de barbárie, todos los Conventos y todas las Catedrales tenían escuelas públicas para la juventud de todas condiciones, sin excluir á los siervos, sino, al contrario, dándoles por esto privilegios. De aquí provino la institucion en todas las Catedrales de la prebenda dignidad de *maestrescuelas*, para inspeccionar la enseñanza, así como la conducta y capacidad de los maestros.

Desde entónces se han formado innumerables congregaciones de uno y otro sexo, dedicadas por su instituto á la

(1) Inst. Hist. Christ., sæc. I, parte 2.^a, cap. 3.^o

(2) Con grave riesgó de su vida pudieron los cristianos salvar la piel de dragon de 120 piés de longitud, en que estaban escritas con letras de oro las obras de Homero.

enseñanza gratuita, no solo de las ciencias, sino de los primeros rudimentos de las letras. Todo el mundo tiene noticia de las *escuelas de caridad*, de las *escuelas cristianas*, de las *escuelas pías* de San José de Calasanz, de las *escuelas dominicales* para los adultos, y otras innumerables. La Iglesia no ha olvidado un solo momento que Jesucristo la dió la mision de enseñar, y parece que cumple este cargo con especial predileccion.

Alarmada la impiedad con este celo de la Iglesia, nada ha omitido por arrebatár la enseñanza de manos del Clero, desacreditándola y haciéndola sospechosa. De aquí los esfuerzos por *secularizar la enseñanza*, cuya expresion prueba por sí sola que ántes la daba casi exclusivamente la Iglesia. Esos revolucionarios que ponen este resultado entre las más preciadas conquistas del *espíritu moderno*, no sabrían acaso leer si en su infancia no hubieran frecuentado las escuelas dirigidas por la Iglesia; pero el corazon del hombre es propenso á la ingratitud, y ésta suele ser mayor cuanto es más grande el beneficio recibido.

Por último, la Iglesia ha reclamado enérgicamente su intervencion en las escuelas, de que quiere despojarla el liberalismo. El *Syllabus* condena en sus proposiciones 45 y 47 la doctrina que pretende que el régimen de las escuelas públicas pertenece exclusivamente á la autoridad civil, sin ninguna intervencion de la Iglesia. La revolucion que no disimula sus propósitos de descatolizar al pueblo, tiene interés en dirigir á su gusto las escuelas, á fin de formar una generacion descreida y atea; pero la Iglesia multiplica hoy más que nunca sus esfuerzos y su celo para dar una enseñanza sana.

Que son aquellos los propósitos de la revolucion, no puede dudarlo quien recuerde el decreto prohibiendo enseñar en las escuelas la doctrina cristiana, y aun toda religion positiva.

§ II.—Caridad.

Esta palabra *caridad* es puramente católica, es inseparable del Catolicismo, es su quinta esencia, y su fruto más

espontáneo. La prueba es que, donde quiera se establece esta religion, allí se desarrolla la caridad, y, por el contrario, se debilita y se extingue por completo en donde se pierde la fe. Al ausentarse ésta deja frios á todos los corazones, que son dominados por el egoismo. Esto debe suceder necesariamente, porque cuanto más se debilitan las ideas cristianas, hay ménos espiritualidad en los ánimos; y cuanto más reina el materialismo, hay ménos caridad. Los países protestantes son la prueba.

No hay quien se atreva á negar la inmensidad de la caridad católica: esto sería oponerse abiertamente á la evidencia. Pero al contrario, hay muchos que, no pudiendo negar sus beneficios, reprenden sus excesos: acusando á la religion de que por la caridad acostumbra á los hombres á la vagancia. Acusacion gloriosa para la Iglesia, pues aunque fuera verdadera, solo podría inferirse de ahí que se abusaba de sus dones. ¿Mas de qué no se abusa?

En verdad, el Catolicismo ha traído un remedio á todas las miserias, á todas las enfermedades, á todos los padecimientos humanos. La infancia, la vejez, la pobreza, la enfermedad, la locura, el abandono y aun el vicio, han conmovido las entrañas de la Iglesia, que como una madre cariñosa ha procurado librar de estos males á sus hijos. Así se explica el celo y solicitud con que ha aprobado las infinitas congregaciones, comunidades, asociaciones, que tienen por objeto ejercer la caridad. Así se explica esa multitud de casas de misericordia, asilos, hospicios, hospitales, erigidos y fundados en su mayor parte por los Obispos, y otros del Clero, ó sostenidos con los bienes de la Iglesia. Ella ha acogido bajo su manto á los niños espósitos, á los huérfanos, á los desvalidos, á los ancianos, á los inválidos, á los enfermos, á los pobres, á los enajenados; ella guía á los viajeros extraviados, ampara á los peregrinos, recibe á los naufragos; ella se halla en los desiertos y en el centro de las ciudades; penetra al fondo de las minas; baja á la hediondez de los calabozos, y se queda en rehenes por rescatar al cautivo; sube á las montañas, atraviesa los rios y cruza los mares; ella se halla en los cam-

pos de batalla, no teme los extragos de la peste, ni las irritaciones del hambre; ella es ingeniosa para dar educacion á los ignorantes, trabajo á los desocupados, retiro á los arrepentidos, proteccion á los débiles, contra sus opresores; en una palabra, ella tiene alivio para los sufrimientos. Tales son las obras de la Iglesia, las manifestaciones de la caridad católica.

Mas no se limita á esto solo la caridad. Hay muchos desgraciados, muchos enfermos del corazon, que tienen más necesidad de consuelo que de limosnas, ó de auxilios materiales. La caridad tiene para todos consejos, consuelos, y en último extremo lágrimas. Sabe poner en paz á los que riñen, sabe asegurar la tranquilidad de las familias, sabe reconciliar á los esposos, sabe disipar injustas prevenciones, sabe reparar la honra perdida, sabe compadecerse de todas las penas y echar bálsamo en todas las heridas, sabe llorar á los muertos y recordar á los ausentes, sabe ser justa é indulgente, sabe proteger y sabe amar.

Tal es esta virtud sublime y divina, que fué necesario que un Dios hecho hombre la enseñase á la tierra. Tal es el distintivo de sus verdaderos discípulos, que habían de ser conocidos por el amor mútuo que se tuviesen. Por eso la verdadera caridad es exclusivamente propia del Catolicismo. El paganismo no la conocía, y en vano se buscará en los países protestantes ó no católicos. Dirán que tienen amor á la humanidad y socorren sus miserias; pero prescindiendo de que esta disposicion á hacer bien la deben á la influencia de diez y nueve siglos de Catolicismo, ¿cómo puede compararse con las obras de la caridad católica?

PARALELO ENTRE LA CARIDAD Y LA FILANTROPÍA.

Se ha dicho que la filantropía es la moneda falsa de la caridad. La civilizacion moderna, en ódio al Catolicismo, se cubre pomposamente de este oropel. Mas si los infelices no tuvieran otro socorro que los que ofrece la filantropía, difícilmente verían aliviada su miseria.

Todo cuanto la caridad católica es fecunda en resultados é ingeniosa en los medios, otro tanto la filantropía es estéril é impotente.

Se ve á la caridad arrostrar sin temor todos los peligros, realizar prodigios de abnegacion y de sacrificio y ejecutar actos heróicos, que en vano se pedirán á la filantropía, pues exigen el socorro eficaz de la gracia. El corazon humano, por sus propias fuerzas, no puede elevarse á la altura de la caridad. Esta es capaz de hacer todo lo que hace porque es divina; pero la filantropía puede muy poco porque es humana.

La caridad se propone por modelo á Jesucristo; la filantropía á Epitecto ó algun filósofo de la antigüedad. La primera se dirige y aspira como fin al alivio de los miserables; la segunda tiene por fin á sí misma. Aquélla se oculta modestamente para hacer el bien; ésta publica sus beneficios á son de trompetas. Sabido es que el beneficio, publicado por el mismo que lo hace, pierde casi todo su mérito. La caridad no gusta del aparato y ostentacion; la filantropía tiene que revestir su desnudez con toda la pompa de la publicidad. La primera hace el bien silenciosamente, se confunde con las alabanzas, huye de los elogios; la segunda, se anuncia en los periódicos, busca los aplausos y se envanece de ellos. Por eso la caridad alivia y consuela; pero la filantropía avergüenza y humilla.

La filantropía nada hace cuando no la ven; la caridad procura hacerlo todo cuando no la vean. Aquélla habla mucho y obra poco, ésta habla poco y obra mucho.

La caridad se agradece, la filantropía se paga. La una se practica por amor, la otra por dinero. La una tiene á su servicio héroes, la otra mercenarios.

La caridad se aviva con las contradicciones, crece con los obstáculos, alienta con las dificultades, se fortalece hasta con la misma ingratitud; la filantropía se desanima ante cualquiera contratiempo, decae con la contrariedad, retrocede ante la adversidad, perece ante la indiferencia.

La recompensa que ambiciona la caridad es infinita, el Cielo; la recompensa que satisface á la filantropía es mez-

quina, el aprecio humano. La caridad obra solo por Dios, la filantropía solo por los hombres.

Por último, la caridad cura las miserias físicas y las dolencias morales; pero la filantropía, no siempre, solo puede aliviar las primeras, pues es incapaz de derramar el bálsamo de la resignacion y del consuelo en las segundas. Ella puede dar oro; pero no puede dar lo que no tiene, fe esperanza y amor. Consiste en que la caridad pone al lado de los miserables un Angel, y la filantropía pone un hombre. Esta jamás ha producido una Hermana de la caridad; jamás ha dado su vida ó su libertad por aliviar á los infelices.

La caridad lleva en sus obras el sello de su divinidad. «Dícese que en el monte de San Bernardo es de tal condicion el aire, que gasta los resortes de la respiracion, y rara vez deja durar la vida más de diez años; de manera que el Monje que se encierra en aquel hospicio puede calcular con poca diferencia el número de dias que ha de permanecer sobre la tierra. Asegúrase tambien que casi todas las Hermanas del *Hotel-Dieu* tienen una continua y lenta calentura, efecto de la infestada atmósfera en que habitan, que insensiblemente va consumiendo la llama de su vida; los Religiosos que viven en las minas del Nuevo-Mundo, en cuyo fondo, donde nunca penetra la luz del Cielo, han establecido hospitales para los desgraciados indios que trabajan en ellas, tambien abrevian su existencia, porque los vapores metálicos se la envenenan; finalmente, los Padres que se encierran en las pestíferas prisiones de Constantinopla, llamadas *baños*, se consagran tambien á un pronto martirio.»

Esto hace la Iglesia católica. Haga lo mismo la filantropía, y entónces la civilizacion moderna podrá gloriarse de su amor á la humanidad.

§ III.—*Bienes de la Iglesia.*

Se ve, por lo tanto, para qué quiere la Iglesia bienes temporales, y el uso que ha hecho siempre de ellos para utilidad de los pobres y de todos los desgraciados. Las

Obras de caridad no pueden ejercerse muchas veces sin grandes recursos materiales, y privar de ellos á la Iglesia, sería cortar sus alas para hacer bien.

Con la mayor energía ha defendido la Iglesia su derecho de poseer bienes, no por ella, sino por sus hijos. Para hacerlo se apoya en la autoridad de San Pablo, y de los Padres y Concilios de todos los siglos. San Justino, San Ireneo, San Cipriano, Tertuliano, San Gregorio Nazianceno, San Ambrosio y otros, han enseñado unánimes esta doctrina. Los Concilios generales y particulares, sean de España, Francia, Inglaterra ó Alemania, en Oriente como en Occidente, en la antigüedad como en los siglos recientes, han levantado su voz á favor de los bienes de la Iglesia, ya para asentar los títulos en que se apoya su propiedad, ya para confirmarlos de nuevo, ya para reclamar sus rentas, ya para castigar con la excomunion á los usurpadores ó retentores.

Esas voces todas, dice el Cardenal Mathieu, proclaman con perfecta unanimidad que la Iglesia, reivindicando sus bienes temporales, los hace servir á las necesidades de los pobres, de los peregrinos, de las viudas y de los enfermos, al adorno, conservacion y reparacion de las Iglesias; á las necesidades y esplendor de bido del culto; á la conservacion de los Monasterios y hospicios, á la predicacion del Evangelio. Ellas repiten que esos bienes forman la herencia de Jesucristo y el patrimonio de la sociedad cristiana; ellas alaban á los que los aumentan, se quejan de los que los envidian, condenan á los que los atacan; se dirigen á los príncipes para recobrar su posesion, á los Obispos para determinar su uso, á los Papas para trasferir su propiedad, á todos, en fin, para hacerles conocer que las riquezas de la Iglesia tienen los caracteres de la más legitima propiedad, y del depósito más sagrado é inviolable. De ahí la rigorosa obligacion impuesta al Soberano Pontífice y á los Obispos, de levantar la voz en favor de un derecho imprescriptible, tan antiguo como el cristianismo, tan reconocido como la autoridad de los Padres, tan constante como la autoridad de los Padres y Concilios.

§ IV.—Beneficios á la sociedad por el celibato eclesiástico.

La Iglesia, cuando prescribió el celibato á sus Clérigos, hizo el más señalado beneficio á la sociedad.

El celibato es á los ojos de la Iglesia un estado más perfecto que el matrimonio, *aunque éste es un gran sacramento en Jesucristo y en su Iglesia*. Por eso se mandó al Clero, á fin de colocarles á la mayor altura entre los hombres. Por medio del celibato adquiere y conserva el Clero católico el inmenso prestigio que necesita para dirigir á los pueblos y practicar las sagradas funciones de su ministerio, que serían incompatibles con el estado de matrimonio, los cuidados de la casa y la manutencion y educacion de los hijos. Se debe, pues, al celibato el esplendor del estado sacerdotal.

Los pobres sacan de aquí ventajas inmensas, pues el Sacerdote célibe es el padre de toda la humanidad. Desligado en cierto modo de la tierra, tiene para todos consuelos eficaces, consejos y limosnas.

Es evidente que sin el celibato no serían posibles las Ordenes religiosas, y, por lo tanto, los inapreciables beneficios que han hecho y actualmente hacen á la humanidad. Por haber sido célibe el Clero se conservaron las ciencias y las artes, y se evitó la barbárie á que era arrastrada la Europa. Por ser célibe el Clero existen las obras estupendas de caridad, que hace poco hemos indicado, y se llevan á cabo los trabajos civilizadores de los Misioneros.

Nada más eficaz contra el sensualismo de la época, infiltrado en todas las clases sociales y contra el culto que se rinde á la materia, que el ejemplo del celibato eclesiástico y de las virtudes que le acompañan. No puede ménos de ejercer una saludable influencia sobre las costumbres el tener á la vista ese estado, que parece que lleva en sí algo de celeste. Por eso la continencia ha sido honrada y ensalzada en todos los pueblos, en todos los tiempos y en todas las religiones.

Por último, convienen los más notables economistas que el celibato eclesiástico es el remedio más eficaz contra la

miseria pública y contra los progresos amenazadores del *pauperismo*. La sociedad padece graves perturbaciones, si la población se multiplica de una manera excesiva; y el celibato contribuye á que se conserve en sus justos límites. Por eso el hombre que se consagra voluntariamente al bien de sus semejantes guardando continencia, es por todos estilos más útil á la sociedad que el que la sobrecarga de una población siempre creciente (1).

§ V.—Beneficios á la sociedad por la confesion.

La confesion seca la raíz de los crímenes. La raíz de los crímenes está en el corazón del hombre, en su mala voluntad; porque del corazón, dice Nuestro Señor Jesucristo, salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y blasfemias (2); pero una buena confesion cambia el corazón y la mala voluntad del hombre; luego seca la raíz de los crímenes. El mismo Voltaire llama á la confesion una institucion saludable, y el mayor freno contra los crímenes secretos. La confesion sola puede regenerar al mundo; porque ella regenera al hombre, el hombre regenera á la familia y la familia á la sociedad.

La confesion repara todo cuanto es reparable. Ella exige la reparacion de las injusticias por la restitution, el perdon de las injurias por la reconciliacion y la reparacion de los escándalos por una vida cristiana. «¡Cuántas restitutiones, cuántas reparaciones obliga ella á hacer entre los católicos!» dice Rousseau.

La confesion hace germinar todas las virtudes. Por una buena confesion es como el hombre empieza una vida verdaderamente cristiana, y por la frecuencia de sacramentos se mantiene en el cumplimiento de todos sus deberes. Este es un hecho constante y universal que no necesita ser probado.

(1) Véase lo dicho en la 1.^a parte, cap. 17, párrafo 2.^o

(2) Math. XV, 19.

La confesion procura al hombre las mayores consolaciones. Nada es comparable á un alma que se halla en estado de gracia. *Un alma tranquila es como un convite continuo* (1). Como consecuencia de la confesion se pone en paz con Dios, con el prógimo y consigo misma, y esta paz excede á toda ponderacion (2). *El hombre carnal no comprende las cosas que son del espíritu de Dios, las cuales le parecen una locura, y no las puede entender, por cuanto se han de juzgar espiritualmente* (3). A estos consuelos se añaden todos los que se encierran en la sagrada comunión, para la cual es preparada el alma por la confesion. «Ha habido protestantes que se han hecho católicos por el deseo de recibir á Jesucristo en la santa comunión» (4).

La confesion contribuye á la curacion de las enfermedades. Los médicos, aun protestantes, sostienen y prueban esta asercion. La paz y la tranquilidad de la conciencia contribuyen muchas veces á la eficacia de los remedios que prescribe la medicina. «Es evidente, dice M. Ami Badel, de Génova, médico protestante, que el estado físico mejora por la integridad del estado moral. Otros médicos de diferente religion indican el asunto que yo trato, la influencia saludable de la confesion, bajo el mismo punto de vista que yo» (5).

(1) Prov. XV, 15.

(2) Philip. IV, 7.

(3) I Cor. II, 14.

(4) Milner, *Fin de la controversia*.

(5) *Reflexiones médico-teológicas sobre la confesion.* El autor examina la confesion:

1.^o *Bajo el punto de vista médico,* como un medio curativo en el tratamiento de muchas enfermedades.

2.^o *Bajo el aspecto del orden social,* en las familias.

3.^o *Bajo el aspecto de la instruccion religiosa,* que se da en el confesonario.

4.^o *Bajo el aspecto social,* en el Estado, haciendo cesar las revueltas y las conspiraciones.

5.^o *Bajo el aspecto de la humanidad.* ¡Hay tantas personas que necesitan desahogar su corazón y recibir consejos apropiados á las necesidades de su alma! LUEGO LA RELIGION, concluye, Y TODAS LAS PRÁCTICAS QUE DE ELLA DERIVAN, SON IMPORTANTES Á LOS MISMOS MÉDICOS.

La confesion obliga á los Sacerdotes á dedicarse al estudio y á la piedad. Los Confesores, debiendo cumplir las funciones de juez, de doctor, de médico y de padre respecto á sus penitentes, necesariamente han de sentir la obligacion de *guardar la sabiduria en sus lábios.* Sabiendo, por otra parte, cuánta santidad es necesaria para desempeñar dignamente el oficio de Confesor, y la cuenta rigurosa que han de dar al Juez eternal, se esforzarán en *revestirse de la justicia,* para merecer por su vida ejemplar el respeto, la consideracion y la confianza de los fieles. El bien que hace por esta parte la confesion es incalculable (1).

Por último, *la confesion consueta al pecador moribundo,* disipa sus temores sobre el porvenir, endulza sus últimos momentos, y le dispone para el grande viaje á la eternidad. ¿Qué puede temer, en efecto, ese pecador, sea cual fuere el número de sus iniquidades? Él las ha confesado al Ministro de Jesucristo, éste ha pronunciado sobre él una sentencia de misericordia, y le queda la dulce confianza de que esta sentencia ha sido ratificada en el Cielo (2).

Omitimos otros muchos beneficios públicos y privados (3).

§ VI.—*La Iglesia, madre universal.*

Todos los males de la sociedad y del individuo provienen de las pasiones desordenadas. Al mismo tiempo, la felicidad verdadera, aún temporal, consiste en la práctica de la virtud. Así, pues, la Iglesia, cuyos esfuerzos y doctrinas se dirigen constantemente á reprimir y domar nuestras malas pasiones; que prescribe la mortificacion y el ayuno para sujetar la rebelion de la carne y para dar fortaleza al alma; que tiene preservativos y remedios para todas las caidas y flaquezas del hombre; que arregla admirablemente todas las relaciones sociales; que practica y hace practi-

(1) Boone, 3.^a parte, XIV, 14.

(2) Aubert, *Divinidad de la confesion*, 2.^a parte.

(3) Véase el Ab Merz, *Estudios sobre la utilidad de la confesion relativamente á los particulares y al Estado.*

car todas las virtudes, aún las más heróicas; la Iglesia, digo, que hace todo esto con el mayor celo, y sin descansar un momento en sus amorosas exhortaciones, no solo nos encamina á la felicidad eterna, que es el fin último de su institucion, sino que además promueve eficazmente nuestra felicidad temporal (1).

«¡Salud, pues, diremos con San Agustin, salud, oh Iglesia católica, madre de los cristianos! Vos sois quien enseñais á los hombres, no solamente á adorar á un solo Dios verdadero, y con esto desterrais la idolatría de la superficie de la tierra, sino tambien les enseñais la caridad para con sus hermanos de una manera tan perfecta, que hallan un remedio eficaz todas las miserias humanas que afligen al mundo en castigo del pecado.

»Vos sois quien, segun las circunstancias, tierna con el niño, fuerte con el adulto, grave con el anciano, enseñais la verdad y ejercitais la virtud, segun la fuerza de la edad y el desarrollo de la inteligencia.

»Vos sois quien sometéis la mujer al marido por una obediencia casta y fiel, no para satisfacer apetitos brutales, sino para conservar el género humano, la familia y la sociedad.

»Vos sois quien dais autoridad al hombre sobre la mujer, no para que abuse de la debilidad de su sexo, sino para ser su apoyo y dirigirla segun las leyes del amor más cordial.

»Vos sois quien sometéis, por una libre servidumbre, los hijos á los padres, y dais á los padres un santo imperio sobre los hijos.

»Vos sois quien unís los hermanos á los hermanos con el lazo de la religion, lazo más sagrado y más fuerte que el de la sangre.

»Vos sois quien, atendiendo siempre á las leyes de la naturaleza y á las inclinaciones de la voluntad, estrechais por una caridad mútua las alianzas y las amistades.

»Vos sois quien enseñais á los servidores á ser adictos á

(1) Véase *Utilidad temporal de la Religion católica*, por el Padre Hayer

sus dueños, no tanto por la necesidad de su condicion, como por el amor de su deber.

»Vos sois quien haceis á los amos ser buenos y misericordiosos con sus sirvientes, por el pensamiento de un Dios Supremo, Señor comun de unos y otros.

»Vos sois quien unís, no solamente por relaciones de sociedad, sino por vínculos de fraternidad, los ciudadanos á los ciudadanos, las naciones á las naciones, y todos los hombres, cualesquiera que sean, recordándoles su origen comun.

»Vos sois quien enseñais á los reyes á gobernar á los pueblos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

»Vos sois, en fin, quien enseñais con una precision perfecta á quién es debido el honor, á quién el afecto, á quién el respeto, á quién el temor, á quién el consuelo, á quién la advertencia, á quién la exhortacion, á quién la reprehension, á quién la correccion, á quién el castigo; mostrando que todas estas cosas no son debidas á todos, sino á todos la caridad, á ninguno la ofensa» (1).

Si los reyes de la tierra, dice en otro lugar el mismo Santo Doctor, y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra, los mancebos y las vírgenes, los ancianos y los jóvenes, y toda edad capaz de discurrir, escuchasen y ejecutasen las enseñanzas del cristianismo, el Estado ofrecería al mundo el más bello espectáculo de felicidad en la vida presente, y luego se elevaría á la dichosa altura de la vida eterna para poseer el reino (2).

Para conducir á sus hijos á la práctica de todas las virtudes, emplea sábiamente la Iglesia la amenaza de los castigos eternos, las promesas de los bienes celestiales y los socorros espirituales más abundantes.

«Oh Iglesia católica, repite el mismo, sola madre de los cristianos, vos sois quien, no solamente predicais incesantemente y enseñais que es preciso adorar con un corazon puro y una alma casta al único Dios verdadero... , sino que

(1) S. Aug., *Des moribus Ecclesie cath.*, cap. 30.

(2) *De civit. Dei*, lib. II, cap. 19.

además elevais el amor y la caridad hácia el prógimo hasta tal punto, que no hay alguna herida, alguna dolencia del alma, consecuencia aflictiva del pecado, para la cual no se hallen en vos eficaces remedios. Cuando las almas vienen á vos, en donde reciben el amor y la caridad que las anima, las fortifica y las hace capaces de seguir á Dios, la majestad divina comienza á descubrirse tanto cuanto basta al hombre que habita esta tierra, y desde luego se enciende en ella un ardor tan grande de caridad, un incendio de amor divino, que abrasa todos los vicios. Sí, en vos son observados los preceptos divinos en toda su extension... en vos se forman los hombres sábios, castos y santos» (1).

(1) *De moribus Ecc. cath.*, cap. 62.